



Secretos para un desconocimiento de Galicia

Las editoriales no gallegas están haciendo un particularísimo agosto con el mercado librero de Galicia. Desde que Siglo XXI descubrió el filón con la Antropología cultural de Galicia (Carmelo Lisón), continuando luego con El primer Castrelo e Historia de caciques, bandos e ideologías en la Galicia no urbana (J. A. Durán), han sido varias las casas editoriales de Madrid o Barcelona que han integrado algún libro gallego en su catálogo. Producciones no muy afortunadas, por cierto, si se exceptúan los casos citados de Siglo XXI o la Colección Arealonga, de la editorial Akal, que ha dado al lector libros tan fundamentales como el Informe —dramático— sobre la lengua gallega (Alonso Montero), Brujos y astrólogos de la Inquisición de Galicia (Bernardo Barreiro), Viaje por las escuelas de Galicia (Luis Bello), etcétera.

El caso es que, en el contexto de esta política editorial extragallega, acaba de incidir una editorial madrileña, Al-Borak. Sin duda, animada por la prometedora —y ya relativa— virginidad del mercado gallego, publicó una llamada Guía secreta de Galicia, cuyo autor, Juan Soto, parece haber querido entender de peculiar manera el sentido de lo secreto. Verdaderamente, si se atiende a que el significado de tal palabra aparece reflejado en el Diccionario

de la Real Academia como aquello «que cuidadosamente se tiene reservado», hay que convenir que la citada guía, más que tal cosa, debería llamarse «método para la conversión en secreto de Galicia». De tal modo llega a confundir datos y referencias, que resulta fácil creer que sus lectores van a terminar teniendo una idea más secreta de Galicia que antes de emprender la lectura de sus guiadoras páginas.

Se puede anotar —sin ánimo de agotar las señalizaciones— que confunde a Salvador García Bodaño con una «poeta gallega contemporánea» (pág. 58), que sitúa el pazo de Oca (el «Versalles gallego») en ruta que parte y retorna a la ría de Pontevedra (pág. 309), lo que viene a resultar algo parecido, salvando las distancias, a decir que a La Coruña se va, desde Madrid, por Barcelona. El pazo de Oca se encuentra en la comarca

de La Estrada, a 26 kilómetros de Santiago y a 55 de Pontevedra. Lo lógico hubiera sido dirigir al viajero a su emplazamiento desde Santiago.

El palacio compostelano de Fonseca ha dejado de ser Facultad de Farmacia hace varios años, al revés de lo que se dice en la página 143, y es en la actualidad Facultad de Económicas. ¿A qué se debe la manifiesta manía de encontrar en todas partes algo que sea lo más bello de Galicia? En la página 314 se dice que se va «por Hío para ver el cruceiro más bello de Galicia». En la 239, el autor se pregunta: «¿No será este cruceiro de San Benito, en Allariz, el más bello de Galicia?».

A esto se le podría llamar coleccionismo, reparto de medallas o algo parecido. A Santa María do Sar, en Santiago, por ejemplo, le tocó ser titulada de «claustró más bello de Galicia» (pág. 150). Las mozas de este o de aquel sitio son las más esto o aquello. ¿Qué secreto le queda a Galicia después de tanta categorización absolutista?

En Orense, la guía se arma un lío al querer descifrar «lo de Orense», que es algo de lo que nadie sabe bien por dónde andan los tiros.

«Lo de Orense» es, por el momento, demasiado complejo, e incluso confuso, como para pretender despacharlo diciendo que «parece que se trata de un segundo Matosa». El secreto no queda, desde luego, desvelado, y menos añadiendo (pág. 233) que esta vez las siglas son UTECO.

No deja de ser particular la lista, para andar por casa, de libros recomendados (página 334), con omisiones tan notables como la Historia de Galicia que dirigió Otero Pedrayo (como libro casi «secreto»), la Antología cultural de Galicia (como libro corriente) o el Informe —dramático— (como libro polémico). Un curioso secreto lo representa el hecho de recomendar en Santiago (pág. 329) el café Español, que hace más de cinco años que desapareció.

En resumen: el secreto de esta guía —que si de algo «guía» es acerca de las cosas de Lugo, las únicas sobre las que su autor parece no escribir de memoria— radica en la contribución que viene a hacer reafirmando, con sus fallos, que la mejor guía de Galicia sigue siendo la que don Ramón Otero Pedrayo escribió y publicó hace ya más de cuarenta años. Escrita, se supone que con bue-

na intención, un poco al modo vazquezmontalbiano y un mucho a la manera umbraliana —en cuanto al estilo, lógicamente, y no a nada más—, viene a ser un intento más de «sacar un libro» aprovechando la creciente demanda de producto cultural que siente Galicia. Desafortunado, desde luego. Lo que tampoco es cosa nueva, después de la disparatada Antología de Alianza Editorial y de otras andanzas librerías producidas últimamente. ■ PERFECTO C. MURUAIS.

Teatro hispanoamericano. Una antología crítica

Creo que me he referido alguna vez, comentando libros salidos de su esfuerzo, a las especiales características del importante servicio que hoy rinden a la historia de nuestra literatura los «hispanistas» de las universidades norteamericanas. Disponen, en efecto, de un tiempo para la investigación, de un apoyo económico para llevarla a cabo, de una colaboración editorial, gracias a cuya concurrencia de factores se da la paradoja de que hoy se escriban en los Estados Unidos trabajos sobre literatura española materialmente inviables en España. Señalar que, a menudo, el rigor erudito de tales trabajos ve menguado su interés por el criterio arqueológico de quienes los hacen, imposibilitados de verificar la vigencia o corrección de interpretaciones enterradas en fichas y libros del pasado, sería completar con brevedad el juicio que merecen muchas de estas valiosas propuestas. Es el problema de concebir la cultura como una suma de conocimientos o como interrogaciones que afrontar desde nuestra circunstancia.

De esta nueva Antología Crítica del Teatro Hispanoamericano, hecha en USA por Carlos Ripoll y Andrés Valdespino, editada por Anaya, se podría decir, supongo, algo de lo anterior. Innegable la oportunidad de la Antología. Precisas, bien documentadas y más cálidas que de costumbre, las introducciones a las distintas obras, no sólo atentas a sintetizar la significación de estas últimas, sino la personalidad de sus autores. Útiles siempre las notas a pie de página, que nos permiten enfrentarnos con los americanismos de los textos, etc., etc. Sin embargo, después de leer los dos volúmenes, uno echa de menos el comentario integrador, la perspectiva que subraye la relación entre unos y otros, el texto que nos ayude, en fin, a mejor comprender ese importantísimo fenómeno cultural e histórico que aquí se etiqueta con el nombre de «Hispanoamérica». Aun que quizá ese sea un trabajo que nos corresponda a los lectores de la Antología y que bastante hacen ya sus autores agrupando un material que suscita una serie de preguntas en torno a la parcial pero importante unidad de un área interesadamente atomizada.

Cierto que cuando los españoles llegaron a América se enfrentaron a civilizaciones muy diversas. Ciertamente América es inmensa y que el espíritu de los colonizadores forzó una imagen unitaria —a la que corresponde hoy la de Hispanoamérica— ajena muchas veces a las profundas particularidades de unos y otros lugares. Todo eso es cierto. Pero si tres siglos de conquista arrojan una historia dominada por las consabidas fuerzas de colonización e independencia, creo que, a estas alturas, debemos empezar a comprender y a sentir toda la intrahistoria de

